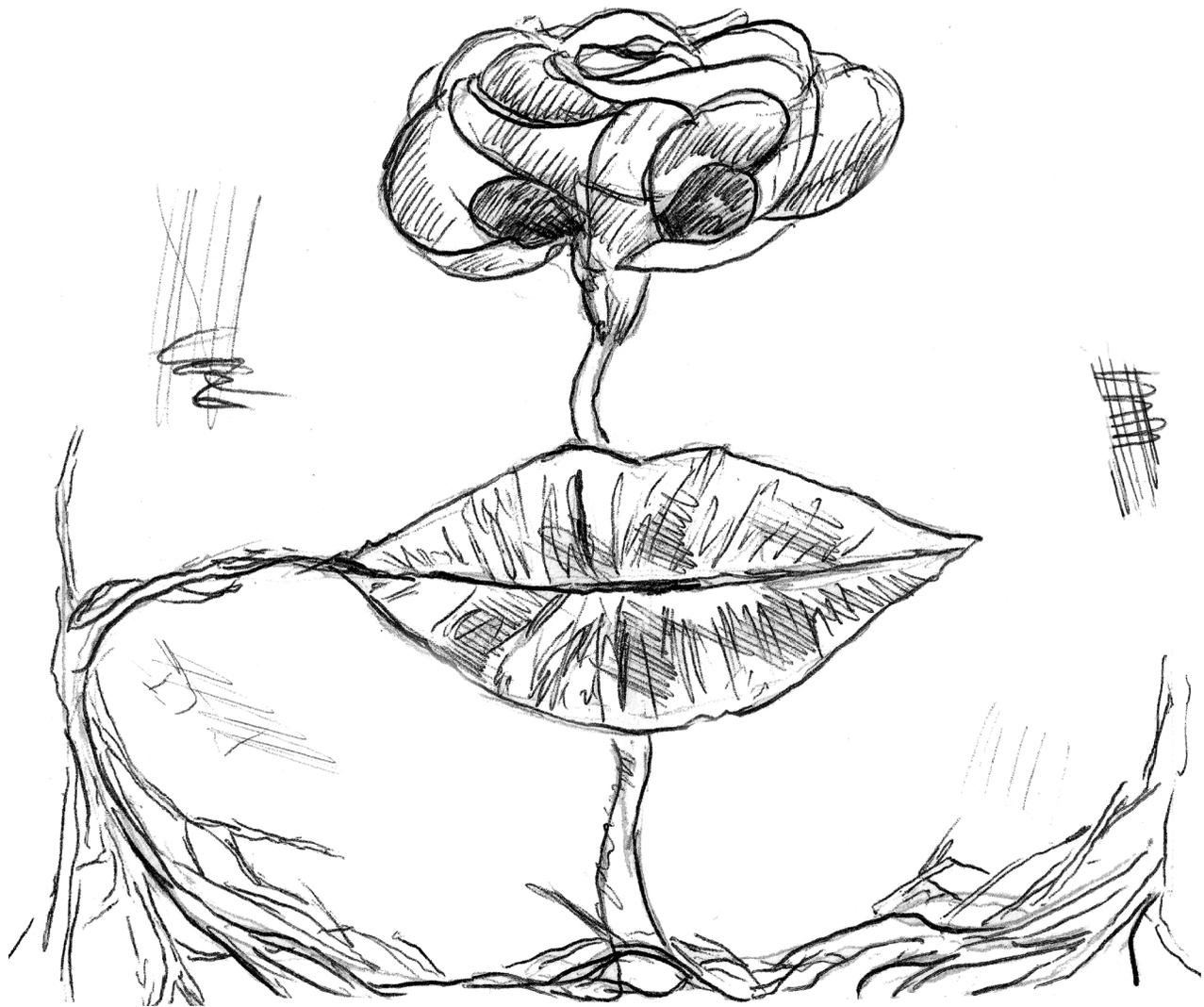


Respuesta a la pregunta: ¿A qué apunta la educación en filosofía en Colombia?

“Pues, [ese tal] camino—en efecto, no existe”

—Del espíritu de la pesadez, Así habló Zaratustra



Omar Camilo Moreno
camil69@hotmail.com
Universidad Nacional de Colombia

Enfréntese a este cuestionamiento. Piénselo. Un momento, dos o tres. Ahora, es muy probable que en su meditación haya surgido una reflexión que es anterior a la pregunta misma: ¿Vale la pena enseñar filosofía en Colombia? Para responder, lo primordial es que usted sepa a qué apunta la filosofía en este país.

Señora, señor o señorita, acaba de encontrar un texto que intentará darle una respuesta a esta segunda pregunta. ¡Sí! en *segunda persona*: porque la filosofía es siempre un diálogo. Por lo tanto, siguiendo la sabiduría de Rilke, yo lanzo la bola, espero que usted sepa responder.

—**Si queremos lograr una respuesta, vale la pena acercarse al fenómeno**— Un simple vistazo a las actividades filosóficas dentro del país, si es juicioso, le revelará un horizonte multicolor que cada vez se enriquece más en razón del desconcertante crecimiento cultural que se ha vivido en las últimas dos décadas. Seguramente se topará con congresos, revistas, conversatorios, grupos de estudios, diálogos, panfletos, grafitis, blogs, cafés, entre otros. Estas son múltiples manifestaciones que lo pueden convencer de que hay un creciente interés por el cultivo de la filosofía. Creo que, si usted es un amante de ella, puede encontrar esto muy agradable y no creo que esté en contra de felicitar implícitamente a todos los que hacen esto posible y motivarlos a que cada vez sea más y mejor (pues, hay que decirlo, algunos de estos ejercicios son todavía incipientes y no tienen el reconocimiento institucional que merecen). Sin embargo, y para retomar la pregunta con la que comienzo esta carta, precisamente es esta variedad la que, inexcusablemente, le permitirá entender que la filosofía en Colombia no apunta a una única cosa. Habiendo tantas manifestaciones de pensamiento a tan distintos niveles, es muy crédulo pensar que todas se encuentran mancomunadas hacia un único objetivo (en especial, porque hay esferas que se cierran sobre sí mismas y se niegan a cualquier diálogo con las otras). Por eso, nos enfrentamos a un cuestionamiento insalvable que, aunque usted no lo crea, será respondido. Por ahora, procederé con algunos pormenores conceptuales para precisar mejor mi respuesta.

—**Volvamos a la pregunta misma**— Cuando usted se pregunta “a qué apunta algo” en este contexto, seguramente piensa que la respuesta debe incluir objetivos, metas o lo que en una empresa colombiana se llama ‘visión’. Esto quiere decir que este cuestionamiento se ubica en el terreno de lo práctico y debe responderse en esos términos para no ser falaz. Sin embargo, si asume que esto es así, cuando vuelva a

la cuestión principal aparecerá el *sentido común* para sugerirle que hay un problema en el planteamiento: *cuando aquello ‘que apunta’ es la filosofía, lo primero que nos podría decir cualquier persona, a usted y a mí, será: — ¿Esa pregunta no es una contradicción? ¿Desde cuándo la filosofía es un saber práctico?—* Es entonces cuando usted, antes de revolcarse en su orgullo filosófico, le recuerda a esa cualquier persona que: 1) La filosofía, pese a que sus problemas están distantes del terreno más eminentemente práctico, entrena muy bien a los filósofos para que se desenvuelvan en terrenos predominantemente conceptuales, lo cual resulta útil, eficiente y práctico¹; y que 2) la labor filosófica, en tanto que pensar las cosas más allá de un marco ideológico o político, no deja nunca de ser una acción aunque sus consecuencias prácticas no sean del todo claras. Así, si concedo lo que usted dice, para contestar concreta y suficientemente a la pregunta que da origen a este texto, bastaría con hacer un paneo de las diversas corrientes filosóficas que están ‘pegando duro’ en el *Top Ten* de Colciencias, a la par de hacer algunos estudios de mercadeo. Claro, todo ello si yo asumo casi arbitrariamente que la filosofía es inútil más allá de sí misma y que los filósofos, como filósofos, solo servimos para encajar, como sea, en el modelo de paso de producción de conocimiento —*Philosophia ancilla omnibus*— lo cual se traduce en esta época en la elaboración de *papers* de no menos de diez páginas para una revista renombrada como *Mind* o a la aceptación de un par de ponencias en algún congreso sobre la temática que sea, pues somos buenos en todo. ¿De qué sirve entonces que la gente de a pie, que muy pocas veces sabe qué es el CvLAC, se eduque filosóficamente?

—**Sin embargo, volvamos a los grafitis, las revistas y las conversaciones**— Si usted apoya la posición anterior, debo decir que no estoy completamente de acuerdo con usted y ya le mostraré por qué. No sé si le resulta problemático admitirlo, pero el desarrollo de la filosofía en el país no se ha llevado a cabo exclusivamente dentro de la academia. Lo cual no es de extrañar, pues si sabe de historia de la filosofía, sabrá que algunos filósofos de la talla de Nietzsche, Hume y Spinoza han logrado consumir una gran obra con apenas algún tiempo dentro de las aulas universitarias. De hecho, como quizá sospeche, muchos profesores de cualquier universidad colombiana quisieran tener el reconocimiento internacional que tiene Gómez Dávila, quién nunca conoció los trajines de la vida aca-

1. Una respuesta similar la puede encontrar en el discurso del profesor Schumacher “Sobre el pensador profesional”, del número 108 de la revista colombiana de filosofía *Ideas y Valores*.

démica. Ahora, otro caso importante que no debe perder de vista está en el campo editorial. Seguramente estará de acuerdo en que las revistas colombianas de filosofía han sido potentes instrumentos para la divulgación de esta dentro del país y del continente, de eso no hay duda. Sin embargo, debe saber que ha habido medios alternativos que también han contribuido a esta tarea, como la revista *Mito* que en su momento llegó a publicar y a divulgar una de las primeras traducciones al español del texto *¿Qué significa pensar?* del filósofo Martin Heidegger, el cual, durante un tiempo considerable fue ignorado dentro de los claustros universitarios. Siguiendo este orden de ideas, pese a los problemas procedimentales y las críticas que puedan surgir, sería un impropio de su parte negar cierto reconocimiento a la labor filosófica que se ha gestado fuera de las instituciones, pues, aunque no es mucha, ha sido de una considerable importancia en los movimientos intelectuales que alguna vez surgieron a lo largo del país (no debe olvidar tampoco a Fernando Gonzales en Medellín y a Estanislao Zuleta en Cali, quienes han logrado más reconocimiento en las aulas colombianas que Danilo Cruz Veles o Rafael Carrillo. Espere... ¿Sabe acaso quienes son estos últimos?). Pare y vaya por un tinto por favor.

Antes de continuar, tomémonos un momento para discutir algo importante: ¿Me deja catalogar todo lo anterior como filosofía? Su respuesta puede ser que no, que la filosofía “bien hecha” solo se logra en la academia, que la filosofía es solo una labor de mucho esfuerzo y dedicación reservada para pocas mentes brillantes, y cosas como esas. Lo siento por usted, pero hay que recordar que sea lo que sea (o haya sido) la filosofía, es algo que se desarrolla en una comunidad, en un lenguaje y en un pueblo (incluso cuando reniegue de él). En contra de lo que usted piensa, yo abogo por una noción de filosofía más amplia, dónde no sea solo esa labor ‘alta’ la que valga, sino también la reflexión que puede hacer cualquiera sobre su entorno a partir de un procedimiento parecido al de los grandes filósofos, obviamente rindiendo cuentas a la claridad y a la argumentación, logrando en muchos casos interpretaciones originales de una realidad concreta y eficaz. En ese sentido, hay filósofos más allá de la academia y hay una filosofía, que puede que no sea la más clara o la más distinta, más allá de las aulas y los filósofos de las grandes escuelas. Quizá desde Platón se vio con claridad que la enseñanza filosófica tiene un doble aspecto, uno exotérico y uno esotérico, teniendo en cuenta que el saber filosófico, por su importancia, no debe estar vedado a nadie pero, por su complejidad, debe tener distintas formas. Por eso, así no se logre una verdadera reflexión dentro de las aulas de los colegios, también vale la pena enseñar filosofía en los niveles de educación básica y media.

—Siguiendo esta última posición, nos vemos obligados a repensar la respuesta que habíamos vislumbrado, y en especial ese incómodo punto que cataloga a todo X que es filósofo como un X que es inútil— Si usted me concede por un momento todo lo anterior, podrá ver que hay un quehacer filosófico que se puede catalogar como práctico que surge de la misma labor filosófica y que la trasciende, a saber: **la divulgación**. ¿En qué consiste su practicidad? Para esto hay que volver a un hecho básico y es que la filosofía, antes de ser lo que quiera que sea, es *cultura*, entendida esta como el resultado del quehacer y/o la reflexión del hombre sobre su experiencia de mundo. Lo que en términos poco filosóficos quiere decir que hace parte del tesoro de un pueblo. Tantos filósofos muertos no han sido en vano, pues han dejado valiosas enseñanzas en varios campos como la ética, la política, la vida, el lenguaje, el amor, la amistad, el alcohol, la belleza, la verdad y la mentira, entre otros de gran importancia para cualquier ser humano. No puede dudar que la filosofía hace parte de ese acervo de saberes que configuran nuestra experiencia de la realidad, que incluye esos “modelos” que hemos construido entre todos para poder dar cuenta de ese fenómeno misterioso que es la existencia. En ese sentido, tal como diría Ítalo Calvino sobre los clásicos: es mejor saberlas que no saberlas y por ello su enseñanza es un gran tesoro que el país debería cuidar.

—Así, la filosofía también es divulgación y es un saber que merece ser divulgado porque es cultura— Quiero que vea el siguiente punto, es importante: puede que usted sea de aquellos que ven con cierto desdén la actividad de divulgar, pero resulta que esta es *conditio sine qua non* de la mismísima labor filosófica. (Sí, de esa que se hace al interior de los claustros, los bares y las bibliotecas). Pues, si usted filosofa en esta época y país, permítame recordarle que esto no es pensable sin las revistas, los magazines, periódicos, cafeterías, paredes, blogs y demás medios que permiten que la filosofía aparezca en un espacio público y pueda ser reconocida como tal, ya que es allí donde se puede afirmar su efectividad y su existencia. Y aunque usted puede pensar que esta es la labor más baja que se puede hacer al interior de la vida filosófica, como lo es lavar los platos o hacer aseo al interior de la vida doméstica, no hay que olvidar que de ella dependen la coherencia y el desarrollo de la filosofía en el país desde siempre.

Capitulando, nuestro primer acuerdo nos muestra la imposibilidad de responder concretamente a la pregunta, ya que la filosofía puede apuntar a muchas

RESPUESTA A LA PREGUNTA:

¿A QUÉ APUNTA LA EDUCACIÓN EN FILOSOFÍA EN COLOMBIA?

cosas. Sin embargo, con afán de acabar esta carta necesariamente corta, yo solo quiero darle una respuesta incompleta que seguramente es más una exigencia y una añoranza que cualquier otra cosa: ojalá durante los próximos años la filosofía *no* deje de apuntar a su divulgación y a la educación, al menos introductoria, que todo esto se siga haciendo bien y mejor, pues de esto depende mucho más que los estándares propios del CvLAC o de Colciencias, está en juego el porvenir del pensamiento dentro del país y, probablemente, de Latinoamérica. De resto ¡que le apunte a lo que quiera! pues la filosofía parece que nunca dejará de ser una vaca multicolor.

RESPUESTA A LA PREGUNTA:
¿A QUÉ APUNTA LA EDUCACIÓN EN FILOSOFÍA EN COLOMBIA?